

REFLEXIÓN SEXTA: ACTITUDES Y VALORES DE TODO VOLUNTARIO AIC

Introducción:

Las actitudes y valores de todo voluntario AIC, se hacen vida, cuando estamos conscientes de lo que Dios obró en el alma de Vicente de Paúl, y ver cuáles eran los aspectos fundamentales de su experiencia orante. Estas actitudes y valores, son consecuencia de la práctica de las virtudes que él consideró “fundamentales” y que son la base para proyectarnos con fuerza sobre las realidades humanas de los ambientes en que estamos viviendo y trabajar unidos con un dinamismo creador y vivificante.

Desarrollo del tema: Entendemos como espiritualidad el conjunto de valores y actitudes que caracterizan la vida espiritual de una persona. La espiritualidad de Vicente de Paúl, su forma concreta de seguir a Cristo, nace de su encuentro fuerte con Dios y con Cristo en el mundo de los pobres, que le llevó a experimentar actitudes y valores en su vivencia del evangelio.

Estas actitudes y valores son principios que debe practicar toda voluntaria AIC para cumplir la voluntad de Dios y de la misión de Cristo evangelizador de los pobres, tal como vivió toda su vida Vicente de Paúl.

Para hacer esto necesitamos creer y entender el Carisma Vicentino de forma tan intensa que no desistamos de decirlo a todos los que servimos dando testimonio de ello. Los pobres deben ver a San Vicente y a Santa Luisa en cada uno de nosotros. San Vicente hablaba mucho de las virtudes, puso el acento en aquellos aspectos en los que más quería insistir y recalcar pues concordaba con la frase del Evangelio: “por los frutos los conocerán” (Mateo 12, 23). Todos somos conscientes de que la escala de valores cambia.

Todo influye en la estima de los valores humanos y cristianos y, por tanto, repercute en la reflexión sobre las virtudes y los valores que ellas contienen. Las virtudes tomadas por San Vicente de su peculiar visión del Hijo de Dios encarnado en la tierra y evangelizador de los pobres, son la sencillez, humildad, caridad, mansedumbre, mortificación y celo por la salvación de las almas. A las Damas de la Caridad - que eran laicas – y a nosotras las voluntarias, que seguimos sus huellas en el servicio, San Vicente nos ha invitado a vivir la tres primeras sencillez, humildad y caridad.

Viviendo estas virtudes, es que llegamos a tener actitudes propias de un Hijo de Dios y ello nos lleva a testimoniar los valores de toda Voluntaria AIC. ¿Por qué estas tres virtudes y no otras? Contestaría San Vicente: “he escogido principalmente las virtudes que son más propias para la evangelización”. Lo importante de estas tres virtudes, es que constituyen un programa de vida espiritual para la acción apostólica. No se quedan solo en lo íntimo del espíritu, sino que se ejercen ante todo en el contacto con el prójimo, para nosotras AIC: la sencillez en el actuar; la humildad en el encuentro con los otros; la caridad amar al hermano, al prójimo como a nosotros mismos (Vicente de Paúl, biografía y espiritualidad, Parroquial de Clavería 1991 pp. 263-264).

Analicemos cada una de ellas:

1) **Sencillez** ¿En qué consiste? “Mira, lo que he averiguado: Dios hizo al hombre sencillo, pero él busca muchas complicaciones” (Eclo.7, 29). La sencillez consiste ante todo en decir la verdad, que haya sintonía entre lo que se es y lo que se aparenta, entre lo que se dice y lo que se piensa; consiste en la transparencia del lenguaje, en decir las cosas como son, sin doblez ni segunda intención; también en hacer todo por amor a Dios y no por otro motivo. ¿Por qué vivirla? Los grupos vicentinos, deben estar fundamentados en la comunicación, la confianza y la unidad. Los que de verdad viven lo que dicen, hablan con más fuerza moral y esto es razón suficiente para vivirla.

Nos dice San Vicente: “Por mi parte puedo afirmar que una fe recia y práctica y un verdadero espíritu de religión se encuentran frecuentemente entre la gente sencilla y pobre...además todo mundo siente atracción por personas que son sencillas, hablan con sinceridad”. La sencillez es indispensable en la actitud de cada Voluntaria Vicentina que va al encuentro del pobre y se manifiesta en la forma de acogerlo, escucharlo y hablarle. Lo lograremos, teniendo una formación continua. Así pues, el gran reto para toda Voluntaria Vicentina es que todos podamos decir como San Vicente: “La sencillez es mi evangelio”.

2) **Humildad** ¿En qué consiste? “Aprendan de mí que soy paciente de corazón y humilde y sus almas encontrarán alivio” (Mt.11, 29). La humildad es reconocer que todo bien procede de Dios, es vaciarnos voluntariamente de nosotros mismos. San Vicente nos dice que Jesús y su Madre deberían ser nuestros modelos de humildad a seguir, pues la humildad es el origen de todo el bien que podamos hacer.

La humildad implica una actitud de servicio hacia el Señor y hacia nuestros hermanos. La humildad supone dejarse evangelizar por los pobres, “nuestros amos y señores” (S.V.). ¿Por qué vivirla? El valor principal de la humildad es que mediante su práctica se imita a nuestro Señor, que tuvo a la humildad como “su virtud” (XI, 745).

La humildad nos permite reconocernos como criaturas de Dios, que necesitamos a los demás y no podemos vivir sin ellos, nos ayuda a reconocer nuestras limitaciones, nuestros pecados y nos empuja a confiar en Dios; defiende de las tentaciones como la ambición y la vanidad; da la paz al alma; es el fundamento de toda perfección y el principio de toda vida espiritual; nos evita los obstáculos que se oponen a la acción de Dios. A la humanidad hoy, le falta la experiencia del Dios absoluto, esto nos ha llevado a vivir una crisis de valores que solo nos ha dejado una sociedad donde impera “la corrupción de la naturaleza, la ligereza de nuestro espíritu, las tinieblas de nuestro entendimiento, el desorden de nuestra voluntad y la impureza de nuestros afectos”. ¿Cómo ser humildes? Decía SVP “La humildad. Que sea nuestra contraseña”. En nuestra actividad como Voluntarias Vicentinas muchas veces corremos el riesgo de ser dominadores y sentirnos autosuficientes, de cerrarnos en nuestras propias ideas y métodos, de negarnos a la colaboración en grupos.

Faltamos a la humildad cuando nos dejamos llevar por nuestros prejuicios, con nuestra tendencia a encerrar a los demás en categorías, en nuestra manera de hablar a la ligera de los aspectos negativos de nuestros compañeros, en nuestra pereza para orar, en nuestra

incapacidad para entusiasmarnos por una formación renovada y continua, en nuestro rechazo para compartir con los pobres lo que poseemos... (Nuestros talentos, nuestro tiempo, nuestro ser... ¡La humildad, que sea nuestra contraseña...! Para conseguir la humildad, debemos aceptar nuestras faltas, aceptar las correcciones que nos hacen y especialmente debemos ORAR, pedirle a Dios y a la Virgen María que se nos conceda ser humildes” Y para eso, “es preciso que te vacíes de ti mismo, para revestirte de Jesucristo” (SVP).

San Vicente, diría hoy a las Voluntarias AIC: “entiendan bien esto, señoras y hermanas mías, nunca podremos hacer la obra de Dios sino tenemos una profunda humildad, y cuando se viva en este espíritu, entonces estén seguras, estaremos capacitadas para hacer la obra de Dios, porque Dios usa tales sujetos para sus grandes obras”

3) Caridad ¿En qué consiste? La esencia de la caridad la encontramos en Mt 7, 12 y es comúnmente llamada “La Regla de Oro”: “Por tanto, todo cuanto quieran que los hombres hagan con ustedes, háganlo también ustedes con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (Mt 7, 12). Aplicando la Regla de Oro no sólo nos transformaríamos a nosotras mismas, sino que podrían transformarse todos aquellos que nos rodean: Podrían terminar los malos entendidos, las discordias, los egoísmos, resentimientos, protagonismos, etc. Si realmente reconocemos a Jesucristo como nuestro Señor, su “Regla de Oro” gobernará nuestra vida. ¿Por qué vivirla? Esta caridad es de obligación; es un precepto divino que abarca otros.

Todos saben que en el amor de Dios y del prójimo están comprendidos toda la ley y los profetas. Todo se condensa en ellos; todo se dirige ahí; y este amor tiene tanta fuerza y primacía que el que lo posee cumple las leyes de Dios, ya que todas se refieren a este amor, y este amor es el que nos hace hacer todo lo que Dios pide de nosotros. Pues bien, esto no se refiere únicamente al amor a Dios, sino a la caridad con el prójimo; esto es tan grande que el entendimiento humano no lo puede comprender; es menester que nos eleven las luces de lo alto para hacernos ver la altura y la profundidad. ¿Es verdad que yo le hago al prójimo lo que deseo de él? ¡Es un examen muy serio el que tenemos que hacer! Pero, ¿cuántas de nosotras tenemos esta disposición interior? El que tiene este amor al prójimo, ¿podrá hablar mal de él? ¿Podrá hacer algo que le disguste? Si tiene estos sentimientos en el corazón, ¿podrá ver a su hermano sin demostrarle su amor?

De la abundancia del corazón habla la boca; de ordinario, las acciones exteriores son un testimonio de lo interior; los que tienen verdadera caridad por dentro, la demuestran por fuera. Es propio del fuego iluminar y calentar, y es propio del amor respetar y complacer a la persona amada. De allí la importancia de que las Voluntarias sean promotoras del amor y la solidaridad de: las voluntarias entre sí, y en el interior de la Asociación; de las voluntarias con los más vulnerables; de los más vulnerables entre sí; de todos los miembros de la sociedad civil y de la Iglesia.

REFLEXIÓN PERSONAL O COMUNITARIA:

1. MEDITEMOS los textos de San Vicente sobre las virtudes de humildad, sencillez y caridad que constituyen el modo de ser evangélico de una Voluntaria/o de AIC. Ponemos en común lo que nos parece más necesario para nuestra misión de servicio a los pobres.

2. COMPARTIMOS:

➤ Nuestro parecer sobre cómo captan los pobres y la gente que nos ve actuar, la práctica de estas virtudes.

➤ ¿Cómo se valoran en medio de una sociedad dominada por la apariencia?

➤ Y ¿en la Iglesia de Dios?

ORACIÓN: Señor Jesús, que nos has dicho: “Aprended de Mi que soy manso y humilde de corazón” Danos la luz del Espíritu Santo para buscar la verdad en todas las cosas y actuar con sencillez. Danos tu Luz para ver nuestras limitaciones y reconocer nuestros fallos.

Danos humildad para servir a los necesitados sin prepotencia ni orgullo y para poner al servicio de la Asociación todos los dones que cada una hemos recibido de Dios Padre.

Danos Caridad y entusiasmo para servir como Tu, con tus actitudes y tus sentimientos.
Amén